CAPÍTULO XV

Pacificación de las *Provincias internas*. — La revolución en Nuevo Santander. — Derrotas que sufren los independientes y muerte de Villerías en Matehuala. — Derrota y fusilamiento de Acuña en Tula. — La revolución en San Luis. — Apodérase de Matehuala el jefe insurgente Gómez de Lara. — Es derrotado éste el 21 de junio. — Las guerrillas en la provincia de Guanajuato. — Albino García. — Su táctica especial. — El lazo y la cuerda. — Diversos encuentros en el norte y sur de la provincia. — Disposiciones de Calleja. — Ataca Albino García á Valle de Santiago y es rechazado. — Derrotas de varias guerrillas independientes en San Luis de la Paz y hacienda de Charcas. — Enciéndese de nuevo la revolución en la provincia de Zacatecas. — Batalla de los *Griegos*. — Son derrotados los independientes. — Nuevas campañas de Albino García durante agosto y setiembre de 1811. — Muerte del insurgente Gómez de Lara en San Luis de la Paz. — Continúa la revolución en Nueva Galicia. — Nuevos triunfos del teniente coronel realista don Pedro Celestino Negrete. — Ventajas alcanzadas por la división realista mandada por Alva, y luego por el coronel Pastor. — Don Manuel del Río, jefe de la segunda división de Nueva Galicia, derrota á los independientes en Tomatlán, Tiquilpán, Colima y Colotitlán. — Muerte del lego Gallaga en Tomatlán. — Despotismo de Cruz. — Pena que impuso al doctor don Francisco Severo Maldonado. — La revolución en el sur de la intendencia de México. — Intento frustrado de Morelos sobre el castillo de Acapulco. — Defensa de los independientes en la *Sábana* y el *Veladero*. — Abandona Morelos esta última posición y marcha hacia Chilpancingo. — La familia de los Bravos. — Únense éstos á Morelos y Galeana. — Acción de Chichihualco y derrota del jefe español Garrote. — Entrada de Morelos en Chilpancingo. — Derrota á los realistas en Tixtla y ocupa esta población. — Intenta recobrarla el teniente coronel español don Juan Antonio Fuentes. — Es destrozado por Morelos y Galeana que le persiguen hasta Chilapa y se apoderan de esta población. — Despliega Morelos grande actividad en la organización de sus tropas. — Sus disposiciones administrativas. — Complots contra su vida y seguridad. — Perdona y colma de favores á los asesinos. — Su severidad para con Tabares y el norte-americano David Faro, á quienes manda fusilar por traidores. — Conspiración contra el virey Venegas en México. — Plan de los conjurados. — Quiénes fueron éstos. — Es descubierta la conjuración. — Prisión y proceso de los conspiradores. — Ejecución de Ferrer y otros en la plazuela de Mixcalco. — Destierro de los frailes agustinos Castro, Negreiros y Resendi. — Carácter sangriento de la guerra. — Ruina de muchas comarcas de Nueva España. — Suscripciones y donativos cuantiosos de los españoles para sostener la resistencia de sus hermanos de la península. — Decadencia de los diversos ramos de la riqueza pública.

Aunque el interés de la lucha, desde que se efectuó la prisión de los principales caudillos en Acatita de Baján, estuvo concentrado en los movimientos de Rayón y de las partidas que sostenían la independencia en Michoacán y Nueva Galicia, no por eso dejaba de pelearse en otras regiones del vasto vireinato, demostrando los defensores de tan noble causa que ni la adversa fortuna, ni la desaparición y lúgubre fin de los primeros héroes, ni la indisputable superioridad de los ejércitos realistas eran bastantes á vencer su valor y constancia, y á entibiar el ardiente entusiasmo con que los pueblos acogieron el llamamiento á las armas lanzado en fausto día por el ilustre cura de Dolores.

La derrota de González Hermosilla en Piaxtla, hacia mediados de febrero ¹, devolvió la tranquilidad á Sonora y Sinaloa, y la revolución no volvió á comunicarse á estas provincias, ni pasó á Durango y á ambas Californias. Texas y Coahuila, después de la contrarrevolución en la primera y de la salida de Rayón rumbo á Zacatecas, cayeron otra vez bajo la dominación española. El Nuevo reino de León, que había quedado acéfalo desde que don Manuel Santa María (uno de los ilustres

fusilados en Chihuahua) abrazó la causa de la independencia, no tardó en volver á la obediencia del gobierno establecido, y una Junta de realistas constituida en Monterey, reconocida y acatada por todos los pueblos de la provincia, gobernó á ésta en nombre de Venegas.

Pero si en el norte y noroeste de Nueva España no tuvo ya defensores armados la revolución, hallólos constantes y resueltos en el Nuevo Santander, donde hemos visto al coronel Arredondo vencer y fusilar á los independientes Herrera y Blancas en los primeros días del mes de abril ¹. Sucedióles el lego Villerías, que separándose de Rayón después de la entrada de éste en Zacatecas, se dirigió al oriente y tomó posición en las inmediaciones de Palmillas. Marchó Arredondo á atacarle; retiróse Villerías por el camino de Matehuala, pero se encontró el 9 de mayo con el oficial don Cayetano Quintero enviado por aquél para cortarle el paso. Empeñado el combate en el lugar llamado el *Estanque colorado*, quedaron derrotados los independientes dejando en poder de sus contrarios toda su artillería, de siete cañones formada, su parque y sus bagajes, trescientos prisioneros y gran número de muertos. El fugitivo

¹ Capítulo XII.

¹ Capítulo XII.

Villerías topó al siguiente día (10 de mayo) con la sección que mandaba el teniente coronel Iturbe, quien acabó de ponerlo en dispersión obligándolo á huir seguido de muy pocos hacia Matehuala. Distinguióse en este segundo combate, é hizo mención honorífica de él don Joaquín Arredondo¹, el cadete del regimiento de Veracruz don Antonio López de Santa Anna, cuyo nombre apareció entonces por primera vez en la historia.

Armáronse los realistas de Catorce al saber que Villerías avanzaba hacia el valle de Matehuala; instituyeron una Junta de seguridad de la que fueron miembros don Teodoro Parrodi, don Alejandro Zerratón y el abogado don José Ildefonso Díaz de Leon, y enviaron una fuerza á Matehuala, que en unión de la que allí se había levantado, rechazó en 13 de mayo el ataque de los independientes que dejaron en el campo algunos muertos y entre ellos el mismo lego Villerías.

Reunidas en Palmillas todas las partidas que antes había destacado en persecución de los insurgentes, Arredondo marchó al frente de su división hacia la villa de Tula. El 21 de mayo fueron atacadas sus descubiertas por las fuerzas de Acuña, que obtuvieron algunas ventajas, pero que perseguidas por un trozo de caballería se vieron forzadas á retirarse. El día 22 se presentó

Facsimile de la firma del coronel realista don Joaquín Arredondo

Arredondo á la vista de la villa: los independientes hicieron una débil defensa, y luego que los realistas empezaron el ataque aquéllos huyeron dejando varios prisioneros, entre ellos su jefe don Mateo Acuña que fué pasado por las armas. Igual suerte tuvieron varios de los demás aprehendidos y sus cadáveres quedaron colgados de los árboles². Algunas pequeñas reuniones armadas había aún en las *rancherías* inmediatas á Tula, pero en pocos días fueron dispersadas por las guerrillas de Arredondo que las persiguieron incansablemente hasta por la espesura de los bosques.

Arredondo, que después de este triunfo creyó asegurada la pacificación de la provincia, salió de Tula el 14 de junio con dirección á Aguayo (hoy Ciudad Victoria),

¹ *Gaceta* de 7 de junio de 1811.

² Parte de Arredondo publicado en la *Gaceta* correspondiente al 11 de junio de 1811. — ALAMÁN. — *Historia de México*, tomo II, pág. 281. — J. M. L. MORA. — *México y sus revoluciones*, tomo IV, pág. 265.

donde estableció su cuartel general. Allí recibió el nombramiento de gobernador del Nuevo Santander y un respetable tren de artillería que le envió el gobierno vireinal, siempre temeroso de que los insurgentes recibiesen auxilios de los Estados Unidos de América¹.

Apenas sofocada la revolución en la provincia de que acabamos de hablar renació en la de San Luis Potosí; concentrada en la ciudad del mismo nombre la división de García Conde, que hemos visto perseguir á Herrera y á Blancas en los distritos del Valle del Maíz y Rioverde², presentáronse en los del norte varias partidas de independientes, que arrojadas del Nuevo Santander buscaban refugio en la vecina provincia. Otras se habían formado dentro del mismo territorio potosino, y entre éstas descollaba la que tenía por jefe á Bernardo Gómez de Lara, por sobrenombre *Huacal*, indio de origen, que logró reunir trescientos hombres armados de flechas, lanzas y pocas armas de fuego.

Apareció con ellos en Matehuala á mediados de junio, y como se hallase desguarnecida, hízose dueño de la población sin dificultad y cometió los mayores excesos fusilando al subdelegado, saqueando las casas y obligando á los vecinos á que sirviesen en sus filas.

El cura de Catorce don José María Semper, nombrado por Venegas *caudillo militar* de aquellos distritos, sabedor de la ocupación de Matehuala, reunió á toda prisa cien hombres y se situó con ellos y tres pequeños cañones en el rancho de Carboneras, muy próximo á aquella población. Al mismo tiempo, é ignorándolo Semper, una fuerza que salió violentamente de San Luis á las órdenes del teniente don José Velázquez se aproximaba á Matehuala, y otra perteneciente á las tropas de Arredondo y comandada por el ayudante mayor del regimiento fijo de Veracruz, don Antonio Elosúa, acercábase también con el objeto de sorprender á *Huacal*. Unidas las dos secciones que acabamos de mencionar, atacaron impetuosamente á Matehuala en la madrugada del 21 de junio (1811), y los independientes, aunque sorprendidos, trataron de resistir en las casas que les servían de cuarteles y aun en las calles del lugar, pero no habiendo podido concertar sus movimientos, fueron

¹ «Concluidas las operaciones militares Arredondo se dedicó á perseguir civil y criminalmente á los que en la provincia eran ó él suponía afectos á la insurrección. Los vecinos más notables de aquellos pueblos tuvieron que sufrir mil vejaciones en sus personas, bienes y familias, sin excluir de este número algunos decididamente declarados por la causa española.

»Las más groseras imputaciones, las denuncias más destituidas de verdad y aun verosimilitud eran la base de las persecuciones que se emprendían contra hombres pacíficos, que permanecían presos meses y años hasta que se hallaba el número de testigos falsos que se creía necesarios para dar una apariencia de justicia á los caprichos, odios y animosidades del coronel Arredondo. Don Bernardo Gutiérrez de Lara, vecino de Revilla, sólo salvó la vida fugándose á los Estados Unidos, pero perdió todos sus bienes que se le confiscaron; don Hilarión Gutiérrez, don Joaquín Vidal y el cura Garza, de Aguayo, estuvieron presos con grillos y esposas mucho tiempo y no salvaron la vida sino con mucho trabajo, á pesar de que ninguno de ellos era afecto á la insurrección.» — J. M. L. MORA. — *México y sus revoluciones*, tomo IV, pág. 269.

² Capítulo XII.

al fin desalojados y huyeron en distintas direcciones. Oyendo Semper desde Carboneras el vivísimo tiroteo de Matehuala acudió con su tropa; en las inmediaciones del pueblo se encontró con los fugitivos y dispersos de *Huacal*, que sin esfuerzo acuchilló y de los cuales tomó muchos prisioneros. El jefe de los independientes logró escapar de la persecución huyendo á la provincia de Guanajuato, y su derrota y fuga dejó por entonces tranquila la parte norte de San Luis Potosí. Por el oriente y hacia el rumbo de Alaquines, el comandante realista Quintero, destacado de las tropas de Arredondo, desbarataba el 29 de agosto un agrupamiento de insurgentes mandado por el indio Rafael Desiderio Zárate.

Numerosas *guerrillas* con jefes osados y activos mantenían la guerra en la provincia de Guanajuato, apenas salió de ella el ejército de Calleja para Guadalajara. El principal, entre ellos, fué Albino García, natural de Salamanca, á quien se conocía también por el nombre del «*manco* García.» Consumado jinete, valiente y audacísimo, seguido de una guerrilla de hombres que como él eran diestros en el manejo del caballo, fué García un terrible enemigo para la dominación española. A la rapidez de sus movimientos unía la impetuosidad del ataque y una táctica especial que desconcertaba las operaciones de la milicia ordenada. Era el *lazo* uno de sus medios ofensivos: montados los que le seguían en ligeros caballos, se precipitaban sobre las filas del enemigo revoleando el *lazo* y haciéndolo caer sobre los que querían sacar de ellas, y en seguida ataban la otra extremidad de la cuerda á la cabeza de la silla del caballo que montaban y partían veloces arrastrando tras sí al que habían lazado, y que rara vez quedaba con vida; todas estas operaciones se efectuaban en pocos momentos, y por lo común el jinete y el caballo escapaban de las balas, debido á la rapidez del asalto. Para desbaratar las formaciones, sobre todo cuando éstas se circunscribían á un espacio reducido, hacíase otro uso de la terrible cuerda: dos hombres bien montados ataban á la cabeza de las sendas sillas la extremidad de una larga y fuerte *reata*, que tuviese una longitud algo mayor que el frente del enemigo; los dos jinetes marchaban unidos hasta ponerse á tiro; entonces se separaban por ambos flancos agujoneando furiosamente á los caballos; la cuerda, tendida y rauda, derribaba á los soldados enemigos rompiendo sus líneas y en seguida la caballería insurgente caía sobre ellos haciéndolos pedazos. Si la resistencia que se hallaba en la formación no era vencida por la primera pareja se cortaba la cuerda, y los que la tenían asida pasaban rápidamente adelante, siguiéndolos otros y otros que repetían la operación hasta desbaratar las filas contrarias ¹.

Terreno preferido entre otros para las excursiones de Albino García fué el *Bajío*, extensa y fértil campiña

¹ J. M. L. MORA. — *México y sus revoluciones*, tomo IV, página 226.

limitada por la Sierra de Guanajuato al norte y por las montañas de Pénjamo, Valle de Santiago y Yuriria al sur ¹. Hacia el lado opuesto de la Sierra, por la parte de Dolores y San Felipe, había otras partidas de insurgentes que fácilmente se comunicaban con las que recorrían la provincia de San Luis, las que ocupaban la Huasteca (comprendida entre las provincias de Veracruz y México) y las que se iban levantando en los llanos de Apám. Calleja, de regreso á San Luis en los primeros días de marzo, destinó al teniente coronel, don Miguel del Campo, á la hacienda de la Quemada para vigilar la zona que cae hacia el norte de la Sierra de Guanajuato, y ordenó al mayor Alonso que recorriera los pueblos inmediatos á Dolores, lo que efectuó este último batiendo y dispersando á principios de abril una considerable reunión de insurgentes en el puerto del Gallinero, cercano á la hacienda de la Erre. Otras guerrillas, encabezadas por Albino García, amagaron á Guanajuato, y al saber que el teniente coronel del Campo acudía en auxilio de esta ciudad, corrieron á Celaya donde fueron rechazadas, y luego batidas con gran pérdida en el punto de la *Calera* por el mismo del Campo, que salió de Guanajuato en su seguimiento ², y pocos días antes el capitán don Antonio Linares derrotaba cerca de San Luis de la Paz á otra partida de insurgentes mandada por don José Antonio Verde.

Situado Calleja en Guanajuato donde llegó, como hemos visto ³, el 20 de junio, y privado de las divisiones de Emparán y Linares, destinadas por el virey á puntos distantes, ordenó al teniente coronel del Campo que se fijase en Salamanca, punto céntrico del ancho *Bajío*, y

Facsimile de la firma del coronel realista don Diego García Conde

al coronel don Diego García Conde, que dejando en San Luis Potosí dos escuadrones, marchase con el grueso de sus tropas al rumbo de San Felipe y desbaratase las reuniones que de nuevo se formaban en Dolores, San Luis de la Paz y San Miguel el Grande. Una división de quinientos hombres á las órdenes del mayor de la columna de Granaderos, don Agustín de la Viña, fué destinada á perseguir á Torres, que después de la derrota del Maguey se había separado de Rayón, y con la poca

¹ A. GARCÍA CUBAS — *Atlas metódico*, 1874, artículo *Guanajuato*.

² Parte de del Campo publicado en la *Gaceta*, número extraordinario correspondiente al 20 de abril de 1811.

³ Capítulo XIV.

gente que le seguía se hallaba entre la hacienda de Pacueco y el pueblo de la Piedad, extendiéndose por ambas orillas del río Grande ó de Lerma y amagando las dos provincias de Valladolid y Guanajuato ¹.

No obstante estas disposiciones de Calleja y el mayor número de fuerzas realistas que hubo desde entonces en esta última, Albino García cobró tanto ánimo que se atrevió á atacar á Valle de Santiago el 26 de junio, defendido por don Miguel del Campo, á la cabeza de quinientos hombres. Vióse este jefe muy apurado en los primeros momentos por el ataque impetuoso de García, pero al fin, parapetado y sostenido por la milicia urbana, logró no sólo rechazar á éste, sino tomarle cinco cañones y perseguirlo en larguísimo trecho ². Pocos días después el coronel García Conde, situado en San Felipe, como queda dicho, destacaba contra los independientes de San Luis de la Paz al capitán Guizarnótegui con dos escuadrones de Puebla, mientras el mismo García Conde ocupaba las posiciones convenientes á fin de impedir que aquéllos pasasen á territorio de San Luis. Aumentada la sección de Guizarnótegui con varias compañías de realistas que se le unieron en su tránsito, cayó sobre los defensores de San Luis de la Paz el 10 de julio, y después de dispersarlos avanzó hasta la hacienda de Charcas, donde se hallaba el jefe insurgente don José de la Luz Gutiérrez con cuatro mil hombres y tres cañones. A pesar de la inferioridad numérica de sus tropas, Guizarnótegui atacó con brío á sus contrarios á quienes derrotó, quitándoles toda su artillería y haciéndoles gran número de muertos. En el curso del mes de agosto las secciones destacadas por García Conde continuaron persiguiendo activamente á las diversas guerrillas que pululaban hacia el norte de Guanajuato, logrando apoderarse de los jefes Delgadillo, Gutiérrez y Sánchez, que,

Facsimile de la firma del subdelegado realista de Aguascalientes don Felipe Terán

como todos los que caían prisioneros en manos de los realistas, fueron pasados por las armas.

Mientras que en la provincia de Guanajuato se sucedían estos hechos de armas, volvía á encenderse la revolución en la de Zacatecas. El cura Alvarez y el subdelegado de Aguascalientes, don Felipe Terán, habían desplegado un feroz despotismo sobre los habitantes y

horrible crueldad con los prisioneros que hacían á los independientes. Lograron rechazar varios ataques de fuerzas salidas del territorio de Colotlán, y en estos encuentros apresaron á los Nájera y al brigadier Flores Alatorre, que fueron fusilados en Aguascalientes. Pero nuevas y numerosas partidas al mando del cura Ramos, Oropesa, Ochoa y Hermosilla se presentaron amenazadoras, y Álvarez y Terán, no considerándose en estado de resistir, les abandonaron la ciudad con la artillería que Emparán había quitado á Rayón en el Maguey y huyeron precipitadamente á Zacatecas.

Comprendió Calleja la conveniencia de acabar lo más pronto posible con este enemigo que á su espalda se alzaba, é hizo salir de San Miguel, el 25 de agosto, al coronel García Conde con su división, dándole orden para batir á los que se habían apoderado de Aguascalientes, combinando para ello sus movimientos con los del teniente coronel don José López, que debía salir de Zacatecas algunos días más tarde. Llevaba el primero un batallón de infantería de la Corona, el regimiento de dragones de Puebla y cuatro cañones de campaña; y el segundo quinientos cuarenta hombres de todas armas y también cuatro piezas de artillería de corto calibre. Púsose en marcha este último jefe el 29 de agosto, y tres días después ocupó la hacienda de los *Griegos*, distante doce leguas de Zacatecas. Los independientes salieron de Aguascalientes al tener noticia de la aproximación de García Conde, tomando el rumbo del norte y siendo vivamente perseguidos por éste, que hizo andar á sus tropas por caminos cenagosos treinta y dos leguas en cuarenta y cinco horas, logrando solamente picar su retaguardia en el real de Asientos, donde hizo prisioneros al coronel don Carlos Delgado y otros diez hombres, que fueron pasados por las armas.

A tiempo supo el teniente coronel López el avance de los independientes, y resuelto á cortarles el camino de Zacatecas, marchó al rancho de San Francisco, perteneciente á la misma hacienda de *Griegos*. Al amanecer del 2 de setiembre se halló frente á sus contrarios que se habían posesionado de un cerro de poca elevación, á cuya derecha se prolongaba una loma de suave declive que terminaba bruscamente en una punta escarpada. Allí se formaron en número de seis mil hombres con quince cañones de bronce y tres de madera, según afirmó López en su parte oficial ¹. Este jefe hizo cargar por la izquierda al capitán don Domingo Perón con las milicias de Zacatecas, Aguascalientes y Salinas; pero estas tropas fueron rechazadas con grandes pérdidas y volvieron hasta el llano, en tanto que López hacía marchar otra de sus secciones por la derecha, la cual, rebasando la línea enemiga, comenzó á dirigirle certeras descargas por la espalda. Este atrevido movimiento desconcertó á los independientes, que emprendieron la fuga, dejando en el campo toda su artillería, gran cantidad de armas y per-

¹ ALAMÁN. — *Historia de México*, tomo II, pág. 288.

² Véase parte de del Campo en la *Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos*, tomo III, pág. 293.

¹ Este parte se publicó en la *Gaceta* de 22 de octubre de 1811.

trechos, cuatrocientos muertos, casi igual número de prisioneros y trescientas noventa y siete mujeres, á quienes ultrajó el teniente coronel López haciéndolas rapar las cabezas ¹. Varias compañías de realistas de los pueblos y haciendas inmediatas se dedicaron á perseguir á los dispersos, que tomaron el rumbo de Nochixtlán. López recibió la orden de acabar con los restos de algunas guerrillas en las inmediaciones de Zacatecas; y García Conde, después de permanecer algunos días en Aguascalientes y creyendo terminada la pacificación de aquella zona, regresó con sus tropas á la provincia de Guanajuato.

Pero ésta de nuevo se hallaba agitada y revuelta por Albino García, que derrotado en un punto y cuando menos se le esperaba aparecía en otro que había señalado de antemano á sus compañeros para reunirse después del desastre. Así, desbaratado en varios encuentros, reaparecía á principios de agosto en el partido de Pénjamo unido con Natera y Anacleto Camacho. No sin razón decía Calleja al virey en carta que con fecha 20 de agosto le escribió desde Guanajuato: «La insurrección está todavía muy lejos de calmar; ella retoña como la hidra á proporción que se cortan sus cabezas; por todas partes se advierten movimientos que descubren el fuego que existe solapado en las provincias, y un espíritu de vértigo que una vez apoderado del ánimo de los habitantes de un país todo lo devora si no se le reprime con una fuerza proporcionada á su impulso. Las grandes reuniones de Zitácuaro y Valladolid; el fuego que existe y no ha podido apagarse á las inmediaciones de Acapulco; la extensión que puede tener por aquella parte hasta Oaxaca; lo ocurrido últimamente en Aguascalientes, y el estado de la provincia de Guadalajara, donde no han podido extinguirse aún las gruesas gavillas que la han inundado por tanto tiempo, todo confirma que nos hallamos muy distantes de la tranquilidad á que aspiramos.» Y un mes más tarde, el 26 de setiembre, escribía al virey manifestándole las dificultades con que luchaba para contrastar los terribles ataques de García: «Las fuerzas de la división que ha quedado á mis órdenes, decíale, repartidas en diferentes trozos en toda la cordillera, desde Querétaro hasta Lagos, apenas alcanzan á contener las cuadrillas que con numerosa y buena caballería recorren en poco tiempo una grande extensión del país, devastan y destruyen cuanto encuentran, y se ponen fuera del alcance de nuestros destacamentos á la menor noticia de que van en su seguimiento... Nada basta á escarmentar estas cuadrillas, que semejantes á los árabes, caen inopinadamente sobre las poblaciones, las roban y saquean y se retiran con precipitación cuando va á su castigo alguna tropa que llega fatigada y con sus caballos en disposición de no poder dar un paso ².»

No hay para qué describir menudamente los repetidos encuentros entre los realistas y Albino García durante los meses de agosto, setiembre y octubre de 1811. Siempre en continuo movimiento y nunca sorprendido, este audaz guerrillero fué atacado y su partida dispersada por el teniente coronel don Pedro Meneso en 14 de agosto; pero este jefe realista, no pudiendo sostenerse en Pénjamo por falta de alojamiento y forrajes, inundado y talado como se hallaba todo aquel territorio, volviéndose á Irapuato, donde se ocupó en levantar las milicias urbanas. García se apoderaba entretanto de la villa de Lagos ¹; caía sobre Aguascalientes y sus soldados la entraban á saco; volvía cargado de despojos amenazando á Leon, y estrechado al fin por diversas secciones realistas á las órdenes de García Conde, Viña y Armijo, se retiró por fines de octubre á sus conocidas madrigueras de Valle de Santiago y Salvatierra, no sin alzar las compuertas de los vallados en que se depositaba el agua destinada á fecundar los trigales, inundando así los campos y caminos, y mandando abrir en éstos zanjas profundas para impedir el paso de los cañones y trenes de los realistas.

Mal guarnecida la montuosa y aspérrima zona que se extiende al noroeste de la provincia de Guanajuato, en ella alzaron cabeza nuevas guerrillas y afluyeron otras perseguidas en diversos rumbos. Acudió, entre varios jefes independientes, el temible Gómez de Lara (*Huacal*), á quien hemos visto derrotado en Matehuala el 21 de junio, y puesto al frente de todas las partidas sostuvo por varios meses la guerra hasta los primeros días de noviembre, en que fué batido y su gente dispersa por el activo y valiente Guizarnótegui. Fuéle á éste preciso dejar á San Luis de la Paz, y allí entró Gómez de Lara el 17 de noviembre con las reliquias de su destrozada partida; ya se disponía á reducir á prisión á varios vecinos del lugar, cuando los demás, capitaneados por el realista don Miguel María Malo, se echaron sobre *Huacal*, y sus gentes se apoderaron de él y de varios de la guerrilla y lo fusilaron en unión de otros once en la cárcel del pueblo ².

La serie de combates de que siguió siendo teatro Nueva Galicia, después del triunfo alcanzado por Negrete en la Barca el 29 de mayo ³, nos obliga á retroceder hasta esta fecha, volviendo ahora nuestra atención á la vasta intendencia gobernada por Cruz. Dura fué la campaña confiada á la pericia y valor de Negrete y activa la persecución que éste hizo á las guerrillas por el rumbo oriental. El 18 de agosto, unido á Quintanar, que mandaba un trozo de caballería, alcanzó y destrozó en las inmediaciones de la Piedad, ya en los confines con las

¹ Véase parte de don José Manuel Jáuregui en la *Colección de documentos* de J. E. Hernández Dávalos, tomo III, pág. 370.

² Partes de Calleja publicados en los números de la *Gaceta* del 14 y 17 de diciembre de 1811. — ALAMÁN. — *Historia de México*, tomo II, pág. 296.

³ Véase final del capítulo XIV.

¹ BUSTAMANTE. — *Cuadro histórico*, carta décima octava. — ALAMÁN. — *Historia de México*, tomo II, pág. 293. — J. M. L. MORA. — *México y sus revoluciones*, tomo IV, pág. 229.

² BUSTAMANTE. — *Campañas de Calleja*, págs. 127 y 128.

intendencias vecinas de Valladolid y Guanajuato, á las secciones de Silverio Partida, Juan Herrera y Francisco Alatorre ¹. Luego pasó al territorio guanajuatense, y obrando en combinación con las divisiones del ejército del Centro, destacó desde Pénjamo á don Luis Quintanar, quien atacó la casa de la hacienda de Cuerámbaro, donde se hicieron fuertes algunas guerrillas de independientes, y la tomó á viva fuerza (25 de setiembre), quedando muertos de parte de éstos, el mariscal de campo don Gorgonio Márquez, los coroneles Valdespino y Ortiz, el mayor Trullo y otros muchos oficiales y soldados. Otra división realista, mandada primero por el mayor don Juan Felipe de Alva y luego por el coronel don Manuel Pastor, batía á los insurgentes en Hostotipaquillo, Ixtlán, Mexpan, Ahuacatlán y San José del Conde ² en el período de tiempo comprendido entre junio y setiembre, causándoles grandísimas pérdidas, sin que esta sucesión de desastres ni las terribles ejecuciones que se hacían en los prisioneros entibiasen el entusiasmo patriótico de los defensores de la independencia en aquellas regiones.

El jefe de la segunda división, don Manuel del Río, á quien hemos seguido hasta Colima cuando Porlier avanzó en marzo hacia el sur de Guadalajara ³, y que era además comandante en jefe del cuerpo de *acordada* de Nueva Galicia, dirigía desde aquella ciudad la campaña contra las partidas que recorrían la zona más austral de la intendencia. El 3 de junio uno de sus subordinados, el capitán don Juan de la Peña y Río, derrotaba en Tomatlán á don José María Muñiz, sobrino del general de este nombre ⁴, que abandonó el campo de batalla después de perder ciento cincuenta hombres y una pieza de artillería. Pero la reunión de gruesas partidas en la dirección de Jiquilpán (lugar de Michoacán próximo á la línea divisoria de Nueva Galicia), obligó al coronel del Río á salir de Colima para mandar personalmente la expedición, la cual terminó el 30 de junio con la derrota del lego Gallaga, que repuesto del desastre que había sufrido en la Barca á fines del mes anterior, se hizo fuerte en el punto de Michoacán que ya hemos nombrado. En tanto que del Río llevaba la desolación y el exterminio por varias poblaciones cercanas á Jiquilpán, el infatigable Gallaga, unido á Sandoval y á Cadenas, se corría hacia el sur y entraba en Colima, donde se fortificó con cinco mil hombres y cinco cañones ⁵.

Furioso el coronel del Río á causa de esta osada

diversión de Gallaga, volvió rápidamente sobre Colima unido con la cuarta división de Nueva Galicia al mando de don Angel Linares, y el 21 de agosto atacó con brío la villa, tomándola después de tres horas de combate, y apoderándose de todo el armamento, de los estandartes y de muchos caballos, sufriendo los independientes la pérdida de setecientos hombres que fueron muertos en el asalto ¹. Veinte días más tarde, Gallaga, Sandoval y Toral fueron batidos otra vez en Colotitlán, donde dejaron más de trescientos cadáveres en el campo de batalla ². Retiráronse los derrotados á Tomatlán, pero á consecuencia de una violenta rivalidad entre Gallaga y Sandoval, uno de los soldados de éste hirió gravemente al primero, que fué llevado frente á la parroquia del pueblo y allí le dispararon dos balazos de que murió en el acto. Así terminó el famoso guerrillero que fatigó con sus atrevidas correrías á los más expertos y hábiles tenientes del sanguinario Cruz.

Éste, entretanto, sin moverse de Guadalajara ni tomar el mando de alguna de sus divisiones, pues no era muy inclinado á los peligros de la guerra, adicionaba todos los partes oficiales en que sus tenientes le comunicaban los triunfos por ellos alcanzados con terribles amenazas á los pueblos. Erigido en supremo juez, ordenaba terribles ejecuciones, y Guadalajara se estremecía espantada al presenciar aquellas frecuentes matanzas en sus calles y sus plazas ³, y al leer diariamente los bandos draconianos de su gobernante y las implacables órdenes que daba á sus comandantes Negrete, Porlier, del Río y Linares. Cediendo al pavor universal ó gozándose quizás en el fango de la abyección, el claustro de doctores de la universidad de Guadalajara, que algunos meses atrás pedía al virey que nombrase comandante general de Nueva Galicia al brigadier Calleja, le rogaba en 18 de julio ⁴ que no removiese de ese puesto á Cruz, pues difícilmente se encontraría otro jefe que reuniera sus virtudes políticas y militares, y que diera mejor que él seguridad y orden á la intendencia.

Dominando por el terror y la fuerza, Cruz dictaba

¹ Parte del coronel del Río en la *Colección de documentos* de J. E. Hernández Dávalos, tomo III, pág. 341, y en la *Gaceta* de 7 de setiembre de 1811.

² Parte de del Río en la *Colección de documentos* de J. E. Hernández Dávalos, tomo III, pág. 368, y en la *Gaceta* de 17 de octubre de 1811. A falta de otros datos hemos consignado el número de muertos que aparece en las comunicaciones de del Río; pero el mismo Alamán, tan propenso á admitir ciegamente las noticias oficiales de los realistas, dice con referencia al parte de del Río acerca de la acción de Colotitlán: *que es notable como todos los suyos por su pedantería y espíritu sanguinario, no siendo menores sus exageraciones en punto á muertos y heridos.*

³ Véase en la *Colección de documentos* de J. E. Hernández Dávalos: *Extracto de las sentencias pronunciadas por la Junta de seguridad de Guadalajara, causa formada al capitán José Manuel Arroyo, partes de Porlier de 2 y 4 de marzo de 1811, contestación de Cruz á Porlier, fecha 14 de marzo, en que le dice que al día siguiente serán ejecutados los diez y siete prisioneros que de Zacoalco le envió el segundo, bando de Cruz poniendo á precio las cabezas de los jefes, oficiales y soldados de los independientes.* Tomo III, págs. 267, 310, 227, 233, 260 y 291.

⁴ Véase este documento en la *Colección* de J. E. Hernández Dávalos, tomo III, pág. 297.

¹ *Colección de documentos* de J. E. Hernández Dávalos, t. III, pág. 338.

² Los partes relativos á estos encuentros se hallan en la *Colección de documentos* de J. E. Hernández Dávalos, tomo III, páginas 287, 328, 330 y 370.

³ Véase final del capítulo XIV.

⁴ Parte del capitán de la Peña en la *Colección de documentos* de J. E. Hernández Dávalos, tomo III, pág. 288, y publicado en el número de la *Gaceta* correspondiente al 18 de junio de 1811.

⁵ Alamán no menciona la expedición del coronel del Río á Jiquilpán, y para explicar el combate de Colima dice que después del triunfo de Tomatlán, del Río se encaminó á esta ciudad, etc., de lo cual resulta una gran confusión, pues el ya citado del Río había ocupado á Colima desde el mes de marzo.

leyes suntuarias á los habitantes de Nueva Galicia y los obligaba á llevar una divisa encarnada en el sombrero, prohibiéndoles el uso del *colón* llamado *americano*, *bajo la pena*, decía el bando respectivo, *de suponer partidario de los rebeldes*, y de consiguiente enemigo de la patria, al que lo vistiese ¹. Grande fué también la tiranía que ejerció contra el cura de Mascota, don Francisco Severo Maldonado, á quien hemos visto en Guadalajara escribir el *Despertador Americano*, durante la permanencia de Hidalgo en esta ciudad ². Cruz le impuso por castigo defender la dominación española en un periódico que se llamó el *Telégrafo de Guadalajara*, pero esta pena, que sólo un tirano es capaz de inventar, se velaba con la gracia de indulto y la *oferta voluntaria* del mismo Maldonado.

«En nombre del Rey nuestro señor Don Fernando VII, decía Cruz en el documento que mandó publicar, y en uso de las facultades con que me hallo del Exmo. Sr. Virey Don Francisco Javier Venegas, concedí indulto en 12 de Marzo al Doctor Don Francisco Severo Maldonado, cura párroco del pueblo de Mascota, quien habiéndose presentado en esta ciudad luego que sus males le permitieron hacerlo, tomó á su cargo *por oferta voluntaria*, ser editor del *Telégrafo* de esta ciudad ó semanario patriótico, que continúa desempeñando con conocida utilidad á favor de la justa causa, y en cuyo servicio no omite trabajo ni diligencia, para demostrar *su decidida adhesión* al legítimo gobierno, dando la debida satisfacción al público con razones evidentes de todos los artículos que comprendía el papel, que con el título de *Despertador Americano*, fué obligado á escribir por los rebeldes, cuando ocupó esta ciudad el cura Hidalgo, jefe de la insurrección.

»Y para que conste, doy la presente, á pedimento del interesado, en Guadalajara, á veinte de Agosto de mil ochocientos once.—José de la Cruz ³.»

Apartándonos de esas tediosas miserias, tiempo es ya de que sigamos el curso de la revolución en el sur de la intendencia de México. Desde los últimos meses de 1810 la vasta zona conocida con el nombre de *tierra caliente* y que se extiende detrás de las montañas australes del Valle de México hasta Iguala y Huitzoco, estaba alterada y cruzábanla numerosas partidas de independientes, siendo jefes de las más notables Ávila y Rubalcaba, quienes dominaron, durante la segunda quincena de octubre y los primeros días de noviembre de aquel año, el rico valle de Cuernavaca y el contiguo de Amilpas. El administrador de las haciendas de Yermo, don José Acha, al frente de los dependientes y mozos de estas propiedades, logró derrotar á Rubalcaba, que fué muerto en uno de los encuentros. Obligado el virey á vigilar esta importante comarca, envió allí algunas tropas al mando del teniente coronel don José Antonio Andrade, quien batió á los independientes el 1.º de

diciembre (1810) en las inmediaciones de Tepecuacuilco ¹, haciéndoles sufrir considerables pérdidas. Sucedió Cosío á Andrade en el mando de las tropas realistas, quien siguió persiguiendo á las guerrillas y luego se situó en Iguala, de donde debía salir en los primeros meses de 1811 á combatir con el ilustre Morelos.

Hemos dejado á este bravo campeón de la independencia triunfante en el campamento del realista París la noche del 4 de enero de 1811 ². Sin engreirse de su fortuna, salió del *paso* de la *Sábana* en los primeros días de febrero hacia Acapulco, con intención de ocupar el castillo. Probar la suerte de las armas, sin artillería gruesa, sin tropas disciplinadas, sin municiones en número bastante, hubiera sido un delirio: buscó Morelos en su astucia el medio que debiera darle el triunfo, y al efecto, entró en tratos con un artillero español llamado Gago, quien, por una suma de dinero, ofreció entregarle la fortaleza. El 8 de febrero en la noche situóse el jefe independiente en el pequeño cerro de la Iguana, frente al castillo, listo para marchar sobre éste así que apareciese la señal convenida. A las cuatro de la mañana siguiente brilló una luz sobre uno de los baluartes, y la tropa de Morelos, fuerte de seiscientos hombres, avanzó dividida en dos trozos hasta muy cerca de una de las puertas de la fortaleza. De repente coronáronse de gente las alturas de ésta, tronaron sus cañones, dispararon los de siete embarcaciones fondeadas en la bahía, y el pequeño ejército de Morelos, víctima de una negra traición, se vió en pocos momentos acribillado por el violento y certero fuego de sus contrarios. Lo inesperado del ataque y las numerosas pérdidas que sufrieron los independientes, desde el primer momento produjeron en ellos un terror profundo. En vano Morelos los exhortaba con robusto acento á que volviesen al combate, y mirando que sus esfuerzos no eran bastantes á contener la fuga, tomó la delantera y se tiró en tierra en un estrecho sendero de indispensable tránsito para los suyos. Los fugitivos se detuvieron llenos de respeto ante su general, y éste pudo de esta manera reunirlos y levantar su ánimo ³ para que se retirasen ordenadamente.

Este descalabro le obligó á situarse en el cerro de las *Iguanas*, desde cuya cima batió al castillo durante algunos días con tres cañones y un obús. A poco (19 de febrero), la guarnición realista hizo una vigorosa salida y acometió el campamento de Morelos, que se vió forzado á retirarse á su antigua posición de la *Sábana*, después de perder tres piezas de artillería. Allí permaneció más de un mes en espera del coronel realista don Nicolás Cosío, que desde Iguala se aprestaba á marchar en su contra. Enfermo Morelos, fué llevado á Tecpan, quedando sus tropas á las órdenes del coronel don Francisco

¹ Bando de Cruz de 25 de julio de 1811. (*Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos*, tomo III, pág. 326).

² Capítulo XI.

³ Véase este documento en la *Colección de J. E. Hernández Dávalos*, tomo III, pág. 339.

¹ Véase el parte de Andrade en la *Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos*, tomo II, pág. 245.

² Capítulo XI.

³ BUSTAMANTE. — *Cuadro histórico*, tomo II, pág. 11, edición de 1844.

Hernández. No tardó Cosío en presentarse al frente de una respetable división formada de los soldados que le confió el virey y de los que se levantaron en la *Costa chica*, nombre con que se conoce la que corre desde Acapulco hasta los límites con Oaxaca¹. La fuerza de los independientes ascendía á dos mil doscientos hombres repartidos en la *Sábana*, el *Aguacatillo*, el *Veladero* y las *Cruces*. Al avistarse los realistas el 29 de marzo, el coronel Hernández desapareció del campo independiente abandonando á sus subordinados, pero éstos alzaron por jefe á don Hermenegildo Galeana, ya conocido por su indómita bravura, quien los condujo al combate y empuñó diversas acciones con los realistas durante el mes de abril. Restablecido Morelos de las enfermedades que le habían separado temporalmente del campo de batalla, tornó á la *Sábana*, y luego se atrincheró en el *Veladero*.

Disgustó al virey la lentitud de las operaciones de Cosío, y acaso también desconfiando de su fidelidad por ser mexicano, dice un historiador², dió el mando de la división realista al teniente coronel don Juan Antonio Fuentes, viejo militar que se había distinguido en España por brillantes acciones. Este nuevo jefe, resuelto á cortar la comunicación entre la *Sábana* y el *Veladero*, dirigió un impetuoso ataque contra este último punto el 30 de abril, pero fué rechazado con vigor por los independientes. Renovó al siguiente día el asalto, combinándolo con parte de la guarnición de Acapulco al mando del oidor Recacho, quien, no escarmentado con la derrota que sufrió en la Barca, ansiaba conquistar gloria y renombre en los campos de batalla, y otra vez más se vieron forzadas á retroceder las tropas del rey, sufriendo pérdidas considerables y volviendo desalentadas á sus primitivas posiciones.

A pesar de los brillantes hechos de armas de los independientes, su situación se hacía más difícil y comprometida en los campamentos del *Veladero* y la *Sábana*, tan heroicamente defendidos durante cerca de tres meses. Los destacamentos del realista Fuentes interceptaban la comunicación con aquellos puntos de donde recibían víveres y auxilios, y los pocos elementos de guerra del ilustre Morelos se agotaban en la serie de escaramuzas que se veía forzado á sostener. Resuelto á abandonar el asedio de Acapulco y á probar la suerte de las armas en nuevas y más osadas empresas, arrolló el jefe independiente las líneas de Fuentes durante la noche del 3 de mayo (1811), y dejando al coronel Ávila bien fortificado en el *Veladero* tomó el rumbo de Chilpancingo. Este movimiento de Morelos fué considerado por el gobierno vireinal como una derrota de las armas independientes,

y así fué proclamado en sus *Gacetas* y comunicado á las autoridades que le obedecían¹.

Vasto campo abrióse entonces al genio guerrero y á la incansable actividad de Morelos. La zona salvaje y bravía que alzándose desde las playas azotadas por el mar del Sur va, en ascensos y descensos sucesivos, como las ondas de un agitado océano, á terminar en las quebradas que rodean á Chilpancingo, se ofrecía desde luego al valiente caudillo para desplegar sus admirables dotes militares. Asperas serranías, profundos barrancos por los que serpentean mugidores torrentes, boscosas hondanadas de las que se levantan cálidos vapores, vastas soledades, mortíferos climas, tal era el conjunto del suelo que recorrió Morelos después de haber abandonado su campamento de la *Sábana*. Al frente de trescientos hombres y perseguido de cerca por los realistas, que le tomaron un cañón y algunos pertrechos de guerra, pudo vencer con indómita entereza las dificultades sin cuento que se oponían á su marcha y los horrores del hambre que atormentaba á sus bravos soldados. Llegado á la hacienda de la *Brea* ordenó á Galeana que avanzase hasta Chichihualco, finca perteneciente á los Bravos de Chilpancingo, en demanda de víveres para su tropa.

Fuó ésta una familia de ardientes patriotas destinados á sacrificarse por la noble causa de la independencia. De las más distinguidas de Chilpancingo, formabanla los hermanos don Leonardo, don Miguel, don Víctor y don Máximo y el hijo del primero, don Nicolás, joven á la sazón de diez y nueve años² y que debía ligar el esclarecido nombre de su estirpe á una acción inmortal, que en vano se buscará una parecida en la historia de los grandes hombres de la antigüedad. Solicitados de algún tiempo atrás por el gobierno vireinal para ponerse al frente de las tropas de la comarca, resistieron á obrar contra sus más ardientes sentimientos, y urgidos más estrechamente por los jefes realistas de las poblaciones inmediatas, resolvieron retirarse á su hacienda de Chichihualco, donde se ocultaron en la cueva de *Michapa*, situada en una barranca de difícil acceso, dispuestos á defenderse si eran atacados.

Hacia siete meses que permanecían en este asilo, cuando apareció Galeana pidiéndoles los recursos que necesitaba Morelos para continuar su marcha. Ávidos de unirse á los defensores de la patria, los Bravos dieron á Galeana gran cantidad de víveres y se alistaron desde entonces en las filas de los independientes. En los momentos de recibir aquel jefe las provisiones cayó sobre Chichihualco el comandante español Garrote, quien, al frente de una fuerza respetable, intentaba apoderarse de los Bravos. Los soldados de Galeana se bañaban descuidados en el río inmediato á la hacienda; algunos de

¹ Alamán comprende en la división de Cosío á las tropas de Paris, pero debe tenerse presente que éstas habían sido totalmente destruidas la noche del 4 de enero de 1811.

² ALAMÁN. — *Historia de Méjico*, tomo II, pág. 331, edición de 1850.

¹ *Gaceta* extraordinaria de 18 de mayo de 1811.

² *Biografía de N. Bravo* (*Hombres ilustres mexicanos*, t. IV, pág. 179). En el *Diccionario mejicano de historia y geografía*, tomo II, pág. 710, se fija el nacimiento de don Nicolás Bravo entre los años de 1784 y 1790.

entre ellos limpiaban sus armas y otros se habían entregado al sueño tras la fatigosa marcha que acababan de rendir. De repente se oyeron gritos de muerte y nutridas descargas de fusilería: los que se bañaban salieron violentamente del río, y sin tiempo para tomar sus vestidos empuñaron las armas y combatieron desnudos; Galeana y don Leonardo Bravo avanzaron al frente de los suyos peleando con heroico valor; el hijo de este último, don Nicolás, acometió por la derecha á los realistas, en tanto que por la izquierda los estrechaba don Víctor Bravo seguido de la gente de su hacienda. El comandante español resistió durante algún tiempo las impetuosas embestidas de los insurgentes, pero desbaratada al fin su división huyó precipitadamente, dejando en el campo gran número de muertos, cien prisioneros, trescientos fusiles y considerable cantidad de pertrechos y municiones.

La victoria alcanzada por Galeana en Chichihualco allanó á Morelos la entrada en Chilpancingo, adonde llegó el 24 de mayo después de armar á su gente con los fusiles tomados á los soldados de Garrote. Este se retiró á Tixtla seguido de cerca por el vencedor, quien dos días después y sin darle tiempo de rehacerse le atacó briosamente, quedando dueño del pueblo tras seis horas de recio combate. Defendiéronse, empero, los realistas con grandísimo vigor; escaseaban el parque y las municiones de guerra á los asaltantes; de repente desprendióse de las filas de éstos un jovencuelo, quien, arrastrándose cautelosamente para no ser visto de los artilleros que defendían una batería, logró dar muerte al soldado que disparaba una de las piezas, con lo que se llenaron de pavor sus compañeros y huyeron abandonando sus cañones, de los que se hicieron dueños los independientes. Vencidos los realistas en toda su línea de defensa, huyeron á refugiarse en la parroquia, donde intentó ampararlos el cura Mayol, colocándose en la puerta del templo y alzando en sus manos la hostia consagrada, pero Morelos le ordenó que se retirase y sacó de la iglesia á los soldados y armamento que en ella había. Más de seiscientos prisioneros, doscientos fusiles y ocho cañones fueron el resultado de esta notable victoria ¹.

«La marcha de Morelos á Chilpancingo, dice Alamán en su *Historia de México* ², su entrada en este pueblo y la toma de Tixtla, obligaron á Fuentes, sucesor de Cosío, á seguirlo, abandonando por entonces todo intento contra el campo del *Veladero*, que había decidido atacar. Situóse con todas las tropas de su mando en Chilapa, distante sólo cuatro leguas de Tixtla y población la más considerable de aquel país, en la que se trataba de erigir un obispado y hacerla capital de una provincia que había de formarse en toda aquella serranía.

Grande era el desorden que reinaba en las tropas de Fuentes, en cuyos cuarteles se jugaban las sumas destinadas á la paga del soldado y andaba en todo relajada la disciplina. Había acompañado á Fuentes el oidor Recacho, y tenía gran mano en todas las disposiciones que se tomaban. Morelos, habiendo mandado fortificar á Tixtla, dejó en aquel punto una corta guarnición al cargo de don Hermenegildo Galeana y don Nicolás Bravo, y regresó á Chilpancingo, en donde se festejaba con corridas de toros y otras diversiones el 15 de agosto, con cuyo motivo acudió allí á la deshilada parte de la gente que guarnecía á Tixtla. Informado de esto Fuentes por unos desertores, quiso aprovechar la ocasión para apoderarse de aquel punto, sobre el que marchó y lo atacó el mismo 15 de agosto de 1811: encontró una vigorosa resistencia, no obstante la cual continuó el ataque al día siguiente, poniendo en grande aprieto á los sitiados, cuyas municiones se habían consumido.»

Apenas supo Morelos lo que pasaba en Tixtla, envió un correo á Galeana participándole que al día siguiente marcharía en su auxilio y que se presentaría por el rumbo de Cuauhtlapa. En efecto, el 16 de agosto, cuando más empeñado se hallaba el combate entre los realistas y el intrépido Galeana, apareció Morelos por la dirección que había indicado trayendo setecientos hombres y el famoso *Niño*, cañón pequeño que, como se recordará, servía en la hacienda de los Galeanas para hacer salvas en las festividades religiosas ¹. Empeñados en la lucha los soldados de Fuentes y envueltos por el humo del combate, no pudieron percibir la aproximación del terrible caudillo. Oyeron de repente un alegre repique en las torres defendidas por Galeana, y antes de saber la causa de aquel intempestivo regocijo tronó á sus espaldas el *Niño*, servido por el mismo Morelos, siendo tan certeras sus punterías, que no tardó en desconcertar las compactas filas realistas. Fuentes procuró formar cuadro para resistir aquel doble ataque, pero antes de lograrlo saltaron las trincheras y cayeron sobre los soldados Bravo y Galeana, acuchillando con denuedo todo lo que hallaban á su paso. Completa fué la derrota de los realistas: Fuentes y Recacho ², los primeros, abandonaron el campo; siguiéronles sus destrozados batallones, y llenos de terror los fugitivos arrojaban las armas perseguidos por la caballería de Galeana.

Vencedores y vencidos entraron mezclados en Chilapa en medio de horrible confusión y lanzando gritos de muerte. Los restos de la división de Fuentes, lejos de intentar resistencia, continuaron huyendo hacia Tlapa, perseguidos siempre por Bravo y Galeana. Morelos entró á su vez en Chilapa, donde se apoderó de cuatrocientos fusiles, cuatro cañones, muchos pertrechos é

¹ BUSTAMANTE — *Cuadro histórico*, tomo II, pág. 17, edición de 1844.

² ALAMÁN. — *Historia de México*, tomo II, pág. 336, edición de 1850.

¹ Capítulo XI.

² Este último personaje se embarcó á poco para España, donde Fernando VII, algunos años más tarde, le dió el empleo de superintendente de policía de Madrid.

hizo cuatrocientos prisioneros, de los que mandó varios á Muñiz, y de los restantes algunos se agregaron á sus filas y otros fueron enviados á Tecpan y Zacatula. Nada faltó á esta victoria para que fuera completa. Gago, el traidor artillero de Acapulco, que tan vilmente engañó á Morelos, y un tal Toribio Navarro, que había recibido de este caudillo algún dinero para reclutar gente en los pueblos de la Costa del Sur y luego se pasó á los realistas, cayeron en manos del vencedor, quien los mandó fusilar en el acto como traidores.

La toma de Chilapa, cuya noticia llevaron al virey Venegas dos dragones de Querétaro, escapados de la derrota que sufrieron los realistas, proporcionó á Morelos grandes recursos que supo aprovechar en beneficio de sus bravos y sufridos soldados. Hallábanse éstos en lastimoso estado; sus desgarrados vestidos indicaban la ruda campaña que acababan de hacer, y á esta urgente necesidad atendió desde luego el bravo caudillo disponiendo que trabajasen manta para su tropa los muchos tejedores que había en Chilapa, centro industrial de aquella comarca y que aun hoy surte de tejidos de algodón á gran parte de los pobladores del Sur. También se ocupó activamente en engrosar sus filas, disminuídas por los incesantes combates empeñados con los realistas desde su separación de la *Sábana* frente á Acapulco, y ordenó en consecuencia que saliesen diligentes emisarios hacia el rumbo de la Costa, á fin de solicitar reclutas entre la población belicosa é indomable diseminada en las orillas del Pacífico. Dedicóse luego á la recomposición del armamento, pues presentía que en breve veríase obligado á entrar de nuevo en campaña. Abrigado entretanto por el antemural del río *Mexcala*, que atraviesa al que es hoy Estado de Guerrero en una extensión de setenta leguas, hallábase Morelos en aptitud de aprovechar el respiro que debían darle las tropas vireinales. Situado en Chilapa, encontrábase resguardado hacia el norte por el revuelto Mexcala, podía fácilmente organizar sus hasta entonces indisciplinados aunque bravos batallones, y no muy apartado de la Costa le era posible y hacedero tornar á sus antiguas posiciones, si á ello lo obligaran las vicisitudes de la guerra, ó bien llevar sus armas triunfantes al sur de la intendencia de Puebla ó á la zona opulenta de Oaxaca.

Sin estudios militares y dirigido sólo por su claro ingenio, pudo Morelos llevar á cabo la organización de su ejército, prefiriendo á las masas desordenadas, que frecuentemente cambian los mismos triunfos en derrotas, el menor número de soldados convenientemente armados y con el mayor grado posible de disciplina. Comprendía la importancia de la artillería, pero lejos de adoptar el sistema seguido por casi todos los demás jefes de la revolución de llevar consigo gran número de cañones, aunque se viesen en la imposibilidad de servirse de ellos, atendió á la dotación y competente servicio de los pocos que se propuso conservar para que embarazasen

menos sus movimientos militares. Así, en el curso de sus memorables campañas, pudo efectuar sus rápidas marchas por caminos casi intransitables, caer veloz como el rayo sobre el enemigo cuando éste lo creía alejado á considerable distancia, y obtener, sin embargo, grandes ventajas de su escasa artillería.

No sólo se dedicó en Chilapa á las cosas de la guerra. Ya desde de Tecpan, cuando avanzó por primera vez hacia Acapulco, había expedido un decreto¹ nombrando comisionados especiales que exigiesen cuentas á los recaudadores de las rentas reales y que arreglasen el manejo de éstas dando á cada ramo su legítima aplicación. En Chilapa renovó y amplió sus anteriores disposiciones, persuadido de que el orden y la economía son elementos indispensables de toda organización política, aun considerado el carácter revolucionario del levantamiento que sus armas proclamaban. Más tarde publicó un decreto, cuyas prescripciones tendían á sofocar el fermento de la guerra de castas que hervía sordamente entre los habitantes del Sur, guerra cuyas desastrosas consecuencias preveía el hábil caudillo. Procuró establecer ciertas reglas para el secuestro de los bienes de los españoles; puso coto á la prodigalidad de empleos públicos que la revolución había introducido, y se esforzó en dictar numerosas disposiciones administrativas en las que resaltan el patriotismo ardiente, la cordura, la honradez y la sana intención.

«En todos los documentos dictados por Morelos, dice el historiador Alamán, tan propenso á menguar el mérito de los caudillos de la independencia, se descubre un carácter de originalidad que deja traslucir un gran fondo de buena razón á través de la confusión de ideas, efecto de la poca instrucción. Su estilo propendía mucho al burlesco, y de él hizo uso en la proclama que publicó en Chilapa, anunciando la fuga de la junta que el comandante Fuentes había establecido allí. En la continua correspondencia que siguió con don Leonardo Bravo desde Tixtla, y posteriormente desde Chilapa y demás lugares que recorrió de setiembre á noviembre (1811), se le ve atender á todo y fijar con escrupulosidad su atención en todos los puntos que la requerían, aun sobre las más insignificantes menudencias: ya se ocupa de hacer buscar cuevas de salitre para la fabricación de la pólvora; ya de la construcción de sacos y otros útiles de guerra; ya le hace prevenciones para impedir el extravío del armamento, y ya le da órdenes para evitar la desertión, previniéndole que no se permita pasar á nadie, ni aunque sea de la familia del mismo Morelos, si no lleva pasaporte ú orden de su puño. Todo esto forma multitud de oficios, cartas particulares, esquelas, muchas escritas por él mismo ó con adiciones y postdatas de su letra, de la que son también las notas que puso en algunos documentos, tales como en la famosa proclama de la Regen-

¹ Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos, t. III, pág. 279.

cia de Cádiz á los americanos de 14 de febrero de 1810, en que se les declaraba elevados á la dignidad de hombres.»

Ocupado en impulsar con su genio organizador todos los elementos que concurrir pudiesen al triunfo de su causa, Morelos estuvo á punto de perecer á manos de alevos asesinos. Un padre Alva, residente en México, le escribió en aquellos días dándole aviso de que dos hombres habían salido de la misma capital con el propósito de envenenarle y que debían presentarse en calidad de armeros, ofreciéndole como tales sus servicios. Llegaron en breve dos hombres, cuyas señas coincidían con la filiación enviada por el padre Alva; ordenó el caudillo que se les aprehendiese y que fueran conducidos al presidio que tenía establecido en Zacatula, lo cual se cumplió debidamente; mas algún tiempo después llamóles á su lado, los colmó de favores y distinciones, y aquellos dos hombres trocaron sus siniestras miras en una gratitud sin límites y en una constante fidelidad para con el que tan generosamente los había perdonado. Pocos días más tarde recibió Morelos una nota reservada de Rayón en la que éste le participaba que la Junta de Zitácuaro tenía noticia de que entre las personas de la particular confianza del ilustre patriota había una, cuyo nombre ignoraba el autor del aviso, que estaba comprometida á entregarlo al virey. Y como indicase la carta que el que tal propósito alentaba era un hombre muy grueso, Morelos contestó á Rayón: «*aquí no hay más barrigón que yo, no obstante que mis enfermedades me han desbastado.*»

Pero si tratándose de su seguridad personal fué generoso y esforzado, ya perdonando á viles asesinos, ya despreciando lo que él consideraba imaginarios peligros, supo ser inexorable cuando se trató de la causa á que se había consagrado con tan absoluta decisión. Tabares, el mismo que traicionó al jefe español Paris en su campamento de Tres-Palos ¹, y un norte-americano llamado David Faro, tráfuga de la fortaleza de Acaapulco, descontentos de Morelos, que no accedió á concederles los grados militares que ellos pretendían, concertaron á mediados de agosto una tenebrosa conjuración que principiaría con el asesinato de todos los jefes independientes, incluso su bravo general, y que tendría por objeto final hacer que volviese todo el Sur á la dominación española. Parece que Galeana tuvo aviso de la siniestra trama que urdían en Chilpancingo Tabares y Faro, y sin pérdida de tiempo lo puso todo en conocimiento de Morelos. Este comprendió desde luego el peligro que amenazaba á la revolución, y poniéndose á la cabeza de dos compañías salió precipitadamente de Chilapa con dirección á Chilpancingo. Ya no se hallaban allí los conspiradores: sabiendo que todo lo había descubierto Morelos, se dirigieron á la Costa y pusieron de acuerdo con un oficial llamado Mayo, subalterno del

coronel Ávila en el *Veladero*, quien, sorprendiendo á su jefe, tomó el mando de las tropas que cubrían esta importante posición. Entretanto, Faro y Tabares aprisionaban en Tecpan á don Ignacio Ayala, intendente nombrado por el mismo Morelos. La sola presencia de éste bastó, sin embargo, para atajar una contrarrevolución que amenazaba asumir colosales proporciones. Repuso á Ávila en el mando del *Veladero*, infundió confianza y mayor disciplina en las tropas de la Costa, y engañando á los dos cabecillas con la promesa del mando de una expedición contra Oaxaca los llevó consigo á Chilapa, donde don Leonardo Bravo los hizo degollar secretamente al mismo tiempo que el coronel Ávila ordenaba el fusilamiento del traidor Mayo en el campo atrincherado del *Veladero* ¹.

Alentados varios de los partidarios de la independencia en la capital del vireinato con los brillantes triunfos de Morelos en el Sur, así como con la desastrosa retirada de Emparán después de su infructuoso ataque sobre Zitácuaro, y ensoberbecidos con los reiterados asaltos de Muñiz á los realistas de Valladolid y las audaces correrías de Albino García en el Bajío ², trataron de acelerar el triunfo de la revolución apoderándose del mismo virey Venegas. Ya desde abril de 1811 algo habían intentado en ese sentido, y la autoridad hubo de ordenar la prisión de varios individuos sobre quienes recaían vehementes sospechas de ocuparse en tan siniestra trama. Las derrotas de los realistas en el primer semestre de ese mismo año, como acabamos de decir, hicieron cobrar mayor aliento á los conjurados, y al aproximarse el mes de agosto su plan estaba concertado y á punto de ponerse en ejecución. Consistía aquél en sorprender la pequeña escolta que acompañaba al virey en el paseo á que todas las tardes salía, á orillas del canal de la Viga, y apoderarse de ese alto personaje y conducirlo á Zitácuaro, á fin de que Rayón le hiciese firmar las órdenes convenientes para disponer del reino á su arbitrio. Una campana de la Merced echada al vuelo, y las detonaciones de algunos cohetes debían servir de aviso á los demás conjurados de que la prisión de Venegas acababa de efectuarse. Estos levantarían en el acto al pueblo apellidando la independencia, y luego aprehenderían á los miembros de la Audiencia, á las principales autoridades y otras personas distinguidas, haciéndose dueños de las armas depositadas en los cuarteles y ocupando violentamente el viejo palacio vireinal ³.

Reuníanse los conspiradores en la casa de don Antonio Rodríguez Dongo, situada en el callejón de la Polilla, y eran, aparte de éste, los frailes agustinos

¹ BUSTAMANTE. — *Cuadro histórico*, tomo II, pág. 20. — ALAMÁN. — *Historia de México*, tomo II, pág. 341.

² Capítulo XIV.

³ En el *Diario de México* correspondiente al 29 de agosto de 1811 y en la *Gaceta* de 31 del mismo mes se publicó la causa de los conspiradores, de la que hemos extractado lo más importante.

Juan Nepomuceno Castro, Vicente Negreiros y Manuel Rosendi; los cabos del regimiento del Comercio Ignacio Cataño y José María Ayala; Félix Pineda, Mariano Hernández, José María González y Rafael Mendoza, malhechor prófugo de la cárcel, y el abogado Antonio Ferrer, que ejercía un empleo en el juzgado de bienes de difuntos, si bien este último no asistía á las reuniones de la casa de Dongo. Ligados entre sí por solemnes juramentos, exhortados con vehemencia por el fraile agustino Castro, y repartidas las más importantes comisiones entre Mendoza, González y Hernández, los conspiradores señalaron el 3 de agosto para la realización de sus planes.

Pero desde las once de la noche del 2 tuvo el virey aviso de todo lo que se preparaba en su daño por denuncia que le hizo uno de los conjurados llamado Cristóbal Morante, que había asistido á la última junta por éstos celebrada, y desde ese instante dictó las órdenes necesarias á fin de prevenir el movimiento. En la mañana del mismo día 3 el abogado Ferrer se presentó al empleado de la secretaría de cámara del vireinato don Manuel Terán, diciéndole que se había adoptado el plan que él mismo acordara, y le recomendó que esa misma tarde se presentase á caballo y armado en el paseo de la Viga, donde se hallaría él también, y le instruyó de todo lo que apercibido se tenía para la ejecución. Apenas partió Ferrer, el empleado Terán puso en conocimiento del presidente de la Junta de seguridad todo lo que acababa de oír, y este funcionario, prevenido desde la noche anterior por el aviso que le había dado el virey, procedió á la prisión de todos los conjurados que fué posible encontrar, pues algunos de entre ellos lograron fugarse, sobresaltados por varias disposiciones militares que hubieron de adoptarse desde la noche del 2 de agosto ¹.

Venegas anunció á los habitantes de la capital el descubrimiento de la conspiración, y explicó con ese motivo las medidas de precaución por él adoptadas: «La noche anterior, decía en un impreso que se fijó en los parajes públicos la mañana del 3 ², se me hicieron repetidas denuncias de que estaba tramado para la tarde de hoy un complot en esta capital. Las trasladé inmediatamente á los Señores Ministros que componen la Junta de Seguridad y buen orden, y con su notoria ilustración y acreditado celo descubrieron en breve la verdad de aquel pérfido proyecto. Su principal designio era apoderarse de mi persona para que desquiciada la unidad del Gobierno se suplantase la anarquía, el desorden que le es consiguiente y el cúmulo de los males públicos en que se gozan los perversos, saciando sus pasiones viles... Están descubiertos y arrestados varios de los principales reos de aquella inicua trama... Tal

ha sido, pues, el objeto de las precauciones públicas tomadas este día, y espero que el éxito final será restituir á los fieles habitantes de esta capital la inalterable paz á que son acreedores...» A la voz del virey respondieron todas las autoridades y corporaciones civiles y religiosas, tanto de la capital como de las provincias, con ardientes protestas de adhesión, y el cabildo eclesiástico de México hizo celebrar una solemne misa en acción de gracias por haberse descubierto el complot ¹; lo mismo hicieron el de la Colegiata de Guadalupe y los de las demás catedrales; el consulado envió al virey dos mil pesos para premiar al delator, y ofreció cinco mil á los que en lo futuro denunciasen tramas de igual naturaleza, y la corporación municipal, excediendo en celo á las otras, acordó que se esculpiera en piedra una inscripción en latín y castellano, la cual debía transmitir la noticia del suceso á las generaciones futuras.

Grande fué la actividad desplegada por el gobierno vireinal en la formación de la causa contra los aprehendidos, pues quería imponer con la rapidez y la crudeza del castigo. No aparecía, sin embargo, contra Ferrer otro cargo que el de haber invitado á Terán á hallarse en el paseo de la Viga, montado y armado, en la tarde del 3 de agosto; confesólo así el reo, aunque sosteniendo que no había tenido conocimiento del complot sino en aquella misma mañana por aviso que le dió uno de los conspiradores llamado Alquicira, en vista de lo cual sólo se pidió contra él la pena de seis años de presidio. Pero apenas se difundió entre los españoles la noticia del pedimento fiscal encendiéronse en ira y ocurrieron muchos al virey, quien, para calmar la irritación de su partido, hubo de asegurarles que si la Sala del crimen no imponía á Ferrer la pena capital, él lo haría. Formaban aquella Sala el oidor Bataller, en calidad de presidente, y los alcaldes de corte Yáñez y Torres Torija, y aunque el primero trató de suavizar la pena por afección particular que tenía á Ferrer, sus colegas lo sentenciaron á muerte. A la misma pena fueron condenados Ignacio Cataño, José María Ayala, Antonio Rodríguez Dongo, Félix Pineda y José María González; otros á presidio y á penas menores, asistiendo á presenciar la ejecución de los primeros. Efectuóse ésta en la plazuela de Mixcalco la mañana del

¹ Véase en la *Colección de documentos* de J. E. Hernández Dávalos, t. III, pág. 344, la invitación que con este motivo circuló el cabildo eclesiástico:

«Muy Señor Nuestro:—El Presidente y Cabildo de esta Santa Iglesia Metropolitana, reconocido al inestimable beneficio con que la infinita Providencia de Dios ha salvado á todo el Reyno frustrando los criminales designios de los monstruos que conspiraban contra la preciosa é importante vida DEL EXMO. SR. VIREY, ha determinado celebrar una *Misa solemne* en acción de gracias, mañana 10 del corriente á las nueve en su Santa Iglesia Catedral; y para que este religioso acto en que son interesados todos los habitantes de estos vastos dominios, tenga el lucimiento debido, suplica á V. contribuya con su asistencia, á cuyo favor le vivirá agradecido.

»Dios guarde á V. muchos años. Sala Capitular Metropolitana de México, Agosto 9 de 1811.

»B. L. M. de V. sus más atentos servidores y Capellanes.—Juan de Mier y Villar.—Bartolomé Joaquín Sandoval.—José Mariano Beristain.—Pedro Granados.»

¹ ALAMÁN. — *Historia de México*, tomo II, págs. 369 y 370.

² Véase en la *Colección de documentos* de J. E. Hernández Dávalos, tomo III, pág. 332.

29 de agosto, desplegándose para este acto un grande aparato militar, pues el gobierno vireinal temía que el pueblo libertase á los reos antes de llegar al lugar del suplicio. Ferrer, momentos antes de recibir la muerte, dirigió la palabra á la multitud manifestando su arrepentimiento por el participio que había tomado en la conspiración.

Quedaban aún los frailes agustinos Castro, Negreiros y Resendi, quienes, sentenciados el 19 de setiembre por el tribunal eclesiástico á la degradación é impedimento de todo ejercicio de orden, dignidad, oficio y beneficio, fueron entregados al brazo secular; pero no creyendo Venegas conveniente dar en México el espectáculo de la ejecución de un sacerdote, envió á los tres acusados á la Habana, reclusos en el convento de su orden en aquella ciudad, habiendo fallecido el padre Castro en la fortaleza de Ulúa antes de su embarque. Así terminó este ruidoso suceso, del que se sirvió astutamente Venegas para imponer con el terror á los partidarios de la independencia en la misma ciudad capital. «Aunque se creyó que tenía parte en el complot, dice Alamán, gente de mayor influjo, la que apareció era de poquísimos valer, siendo los más distinguidos el abogado Ferrer y los religiosos agustinos, de los cuales el padre Negreiros, según él mismo dijo, había sido nombrado teniente de caballería: todos los concurrentes á las juntas eran artesanos ó malhechores prófugos de las cárceles, no contando con más armas que dos trabucos ni con otros medios de conmover al pueblo que repartir en los barrios escarapelas de oropel. La prisión del virey hubiera podido lograrse con un golpe atrevido como lo tenían proyectado, y lo demás hubiese sido obra de la confusión que aquel suceso ocasionara ¹.»

Estas sangrientas ejecuciones, las que ordenaban Calleja, Cruz y otros jefes de menor renombre, y las represalias que ejercían á su vez varios de los caudillos de la independencia, dieron á la guerra un carácter de extrema ferocidad é hicieron más profundos cada día los odios que dividieron á los habitantes de Nueva España desde el levantamiento del ilustre Hidalgo en Dolores. Las ejecuciones se hacían sin forma ninguna de juicio, excepto en los lugares en que residían los tribunales y las autoridades superiores, pero en los pueblos pequeños y al frente de las partidas de tropa que andaban en todas direcciones, los comandantes de éstas disponían arbitrariamente de la vida y de la fortuna de todos. Los defensores de la independencia tenían necesidad de vivir á costa de los habitantes de los lugares que ocupaban; agotadas en los pueblos que dominaban las rentas reales y decimales, érales forzoso echarse sobre las propiedades y bienes de los españoles, y consumidos estos recursos, acudían á la violencia para adquirir nuevos elementos de vida y de combate: campos yermos que poco antes reboaban de fertilidad; ruinas humeantes los que habían

sido alegres caseríos; la miseria en vez de la abundancia; tal era el aspecto que ofrecían muchas comarcas del país un año después de haberse iniciado la revolución de independencia.

No era por cierto fácil y tranquila la situación del gobierno vireinal en materia de recursos. Las grandes cantidades de dinero, salidas de las arcas reales y enviadas á España durante las administraciones sucesivas de Garibay, de la Audiencia y del arzobispo Lizana, hicieron falta á Venegas á la hora de luchar incesantemente contra un levantamiento formidable que halló eco en todos los ámbitos del país. No obstante los peligros que amenazaban á la dominación española en México desde que se inició la guerra, ese último virey envió á España, hasta fines de 1810, 2.000,000 de pesos, que condujo el navío inglés *Implacable*, formándose esta gruesa suma con los préstamos de ricos comerciantes y propietarios españoles, entre los que descollaban don Antonio de Bassoco, don Gabriel de Yermo, don Diego de Agreda y don José Ignacio de la Torre. Aparte de estos esfuerzos, que demuestran el ardiente patriotismo de los dominadores, atentos siempre á las necesidades de la madre patria, numerosas suscripciones desviaban hacia la península una continua corriente de numerario: el donativo general que se abrió desde que se supo el levantamiento de España contra Napoleón, había producido hasta el momento de estallar la revolución en Dolores cerca de 2.000,000 de pesos; otro millón fué enterado por algunas catedrales, consulados y cajas de comunidad de pueblos de indios á cuenta del préstamo de 20.000,000 de pesos acordado por la Regencia; la suscripción destinada á comprar zapatos para el ejército español ascendió á 300,000 pesos; la que se dedicó á mantener soldados que peleaban contra los franceses, regulando en diez pesos mensuales el costo de cada uno, tuvo en breve gran número de contribuyentes en todas partes del reino, contándose entre los primeros el mismo virey, que se suscribió por el sueldo de veinticinco soldados, y el presbítero marqués de Castañiza por el de diez; la que se abrió para auxiliar al famoso guerrillero de Castilla, conocido con el nombre del *Empecinado*, subió en poco tiempo á 40,000 pesos. Dejamos de mencionar otros muchos donativos, cuyos productos, dedicados siempre á sostener la resistencia heroica de la península, amenguaban el numerario, que tan abundante había sido en la colonia en los primeros años del siglo XIX ¹.

¹ «Esta multitud de donativos y suscripciones que á un tiempo se hacían y las considerables sumas que se colectaban, prueban la gran riqueza que había en el país, no obstante la mucha extracción de dinero para socorro de España... Al mismo tiempo se hacían otras suscripciones para objetos peculiares del país, tales como la apertura de una gran zanja que, formando un cuadro que encerrase la ciudad de México, sirviese de defensa contra los insurgentes en caso necesario; de resguardo para evitar el contrabando, y formase un extenso paseo, á cuyo efecto se plantó arboleda en su orilla. Otra suscripción se abrió para gratificar á los militares que más se dis-

¹ ALAMÁN.—*Historia de México*, tomo II, pág. 376.

Pero tanta opulencia, como antes hemos dicho, fué desapareciendo rápidamente á medida que la revolución se extendió y en proporción del carácter sangriento y destructor que le imprimieran la crueldad del virey Venegas y sus principales tenientes y las represalias de los propugnadores de la independencia. La minería, entre todos los ramos de la riqueza pública, fué la primera que vino á lamentable decadencia, pues ocupados por los defensores de la revolución los importantes centros mineros de Guanajuato y Zacatecas, secuestrados los bienes de muchos españoles que se dedicaban á esta industria, y escaso el dinero en los distritos de minas, aunque hubiese de sobra plata en pasta, por no poder

tinguiesen contra los insurgentes y auxiliar á sus familias, y en pocos días se recogieron más de cincuenta mil pesos...» — ALAMÁN.
— *Historia de México*, tomo II, págs. 237 y 240.

enviarla á México, donde se hallaba la única casa de moneda del país, hubieron de suspenderse las labores y abandonarse los desagües de las minas que se inundaron, y muchas haciendas de *beneficio* se redujeron á ruinas. La agricultura no tardó en sufrir las terribles consecuencias de la guerra que le arrebatava los brazos, antes destinados al cultivo de los campos y á la sazón armados para defender la libertad mexicana. El pueblo sufría las calamidades de una lucha que había de durar algunos años más, pero ni sus dolores, ni su miseria, ni la amenaza de la muerte misma que tenían suspendida sobre su cabeza de continuo los sostenedores de la dominación española, eran bastantes á quebrantar su entereza y á debilitar su propósito de alcanzar el libre ejercicio de sus derechos.